

Comportamiento reproductivo de las mujeres emigrantes en México



CATHERINE MENKES BANCET

En la globalización, si acaso existe un proceso global que recorre casi todos los países del mundo es el descenso de la fecundidad. En el mundo, hace más de cien años, el número promedio de hijos que tenía una mujer era de entre seis y siete. Hoy en día apenas llegan a ser tres. Se argumenta que los procesos de modernización han producido este cambio.

Son los teóricos de la transición demográfica, basados principalmente en la experiencia europea, quienes plantean que la sociedad tradicional se caracteriza por una economía de subsistencia, básicamente agrícola, donde la participación de la mayoría de los miembros del hogar (incluida la de los niños) es un recurso esencial en las unidades productivas. En este contexto, el ámbito laboral no se encuentra diferenciado de la esfera doméstica. Se afirma que, en dicha sociedad, los hijos trabajan desde edades tempranas y el producto de su labor contribuye en gran parte a la reproducción de la unidad doméstica. Asimismo, la elevada mortalidad en las áreas rurales y la necesidad de cuidados en la vejez influyen en el número de hijos que tiene una mujer. Por el contrario, las colectividades modernas se conceptualizan como sociedades capitalistas desarrolladas. Los procesos de modernización implican un desarrollo urbano donde la ampliación de los mercados no agrícolas genera un trabajo asalariado, una monetización de la economía familiar con sus consecuentes expectativas de consumo, nuevas necesidades, mayores niveles de escolaridad, la elevación del costo de los hijos, la incorporación de la mujer al mercado de trabajo, cambios en la estructura y los papeles de los miembros de la familia y muchos otros factores económicos y culturales que influyen en las familias para conformar un hogar pequeño y nuclear.

Respecto a los cambios demográficos, concretamente en México, la mortalidad empezó a descender a principios de siglo aunque la caída se acentuó en la década de los cuarentas. En cambio, la fecundidad disminuyó más tardíamente. Si se generaliza, es posible distinguir dos momentos de transición en la fecundidad.

El primero empezó en los años sesentas y alcanzó a las mujeres más privilegiadas del desarrollo. Para éstas es indudable que la vida moderna propició una contracción en el tamaño de la familia deseada, tal como lo planteaba la teoría de la transición demográfica. El segundo periodo es el más controvertido: se inició en los años setentas junto con el desarrollo del programa de planificación familiar, lo que provocó discusiones en torno a las causas de este descenso.

En México, antes de ese lapso, no había una política franca en materia de control de nacimientos. La caída drástica de los niveles de mortalidad y la constancia de los relativos a la fecundidad trajeron consigo un aumento poblacional que indujo al gobierno a establecer políticas de población y metas cuantitativas de reducción de la fecundidad.

Antes de los años setentas la teoría de la transición no se había cumplido. El censo de 1970 mostró que no se había registrado el esperado descenso de la fecundidad en virtud del nivel de desarrollo alcanzado por el país. Tal como lo plantean algunos autores, más que desarrollo para todos se atravesaron etapas de crecimiento económico junto con una desigualdad social en aumento.

Las políticas estatales aplicadas en el campo después de la revolución crearon una economía heterogénea. En un extremo estaban los campesinos beneficiados por la reforma agraria, pero que con grandes penas alcanzaban a producir

para el autoconsumo en sus parcelas y que no contaban con insumos modernos. En el otro polo se hallaban los empresarios agrícolas que producían con técnicas modernas y con fines comerciales.

En las ciudades también surgieron oportunidades desiguales para la población: para una clase media en expansión y un propietario industrial integrado a la economía formal, y una creciente población urbana cuyo ingreso dependía de empleos informales, salarios temporales, servicios personales o pequeños negocios familiares.

Las desigualdades económicas se reflejan también en diferencias en el comportamiento reproductivo de la población. Varios autores sostienen que la causa común que subyace en el comportamiento desigual de la población es la prioridad casi absoluta que se ha asignado, en los modelos de desarrollo orientados hacia la industria, a las necesidades de empleo, salud, educación y bienestar de la población urbana, todo ello en detrimento del sector rural. Los grupos más abandonados son los indígenas y los que viven en regiones abandonadas.

Hasta antes de los años setenas, las tendencias demográficas no parecían entrar en conflicto con los procesos económicos. Se creía que el México rural era capaz de absorber el aumento de la población y de producir alimentos para el resto de los habitantes. Se planteaba que la economía urbana en expansión podía absorber la fuerza de trabajo que sobraba en el campo.

En la década de los setentas se cambió de opinión: México ya estaba agotando los mecanismos para satisfacer a su población en aumento. En esos años había crecido considerablemente la masa marginada, de manera que las crecientes demandas de empleo, de servicio, de salud y de vivienda empezaron a vislumbrarse como serios problemas para México.

Se reformuló la teoría de la transición demográfica. Ya no se vio el proceso de desarrollo como una condición previa a los cambios demográficos, sino que, por el contrario, se postuló que el desarrollo económico no sería posible sin un control del crecimiento poblacional. Fue entonces cuando se institucionalizó el programa de planificación familiar y se buscó poner a disposición de mujeres métodos anticonceptivos.

Hoy día se ha demostrado ampliamente que el número promedio de hijos de las mujeres ha descendido. Zavala de Cosío encontró que en México los niveles de fecundidad se redujeron casi a la mitad en 20 años. La tasa global —que es una medida resumen de la fecundidad— pasó de 7.5 hijos por mujer en 1966 a 3.8 hijos en promedio en 1986 (Zavala de Cosío, 1992). En la década actual, los niveles de fecundidad han seguido bajando, aunque con un ritmo menor.

Para 1991 y 1995, respectivamente, la fecundidad se estimó en 3.2 y 2.6 hijos.

El uso de métodos anticonceptivos también ha aumentado de manera acelerada. En 1976, 30% de las mujeres casadas y unidas en edad fértil regulaban de algún modo sus embarazos, mientras que este porcentaje aumentó a 66.5% en 1996 (Conapo, 1997).

Sin embargo, actualmente todavía se observan diferencias muy importantes en el número de hijos según la condición socioeconómica de las familias. En general, se ha demostrado que las mujeres que viven en el área rural y las que no poseen escolaridad son las que tienen el mayor número de hijos. En 1991, la tasa global de la fecundidad se estimó en 4.6 hijos por mujer en el área rural, en contraste con la registrada en la zona urbana, que fue de 2.8 hijos (INEGI, 1992). Asimismo, se observan cambios muy importantes en el número de hijos según los niveles de escolaridad. En 1992, la tasa global de las mujeres que no asistieron a la escuela fue de 5.1 hijos, en tanto que la relativa a mujeres con preparatoria y más fue de 2.0 hijos por cada una de ellas (Conapo, 1995).

En general, según muchos de los trabajos que estudian el comportamiento reproductivo de la población, el telón de fondo que subyace en el análisis es la dicotomía rural-urbana. Se plantea que en las áreas rurales la conducta reproductiva presenta pautas tradicionales, como serían una primera unión a edad temprana, periodos de lactancia prolongados, bajo uso de métodos anticonceptivos y una elevada fecundidad. Por el contrario, en la urbe se habla de un comportamiento moderno: retraso de la primera unión, adecuado espaciamiento de los hijos, frecuente uso de métodos anticonceptivos y familias pequeñas y nucleares.

Sin embargo, esto no es tan lineal. En México, por ejemplo, la población que vive en la urbe no necesariamente transforma las estrategias cotidianas de existencia para lograr la reproducción de la unidad familiar, ni tiene acceso a todos los bienes y servicios que ofrece la ciudad.

Es desde esta perspectiva de cuestionamiento de las teorías de la transición demográfica como resulta interesante estudiar el comportamiento reproductivo de las mujeres emigrantes. Tiene importancia de primer orden analizar el fenómeno conforme a una visión que no considera dos mundos separados, uno tradicional y otro moderno, sin puentes ni escuelas. En la realidad no existen tales bloques ideales.

Ciertamente, en las últimas décadas han cobrado importancia trabajos que demuestran la heterogeneidad de la conducta reproductiva de la población mexicana en el caso de diferentes grupos sociales, pero poco se ha estudiado (sobre

todo con datos recientes) lo que sucede con la conducta reproductiva de los grupos que cambian de diferentes contextos considerados "tradicionales" a mundos "modernos".

De hecho, se registra una constante y creciente movilidad de las áreas rurales a las zonas urbanas. ¿Qué sucede entonces con los patrones reproductivos de esta población? ¿Acaso, como lo cuestiona acertadamente Cresencio, la población rural que emigra a las urbes ha de cambiar de manera automática sus pautas de comportamiento reproductivo al tenor de una modernidad irresistible? (Cresencio, 1994).

Se debe partir de la base de que no es posible simplificar tan linealmente lo tradicional versus lo moderno, ya que hay interacciones que no debemos dejar de lado. Como lo aclara Rubin, la distribución desigual crea una discontinuidad entre las pautas tradicionales y las pautas que se van imponiendo (Rubin, 1989). Si esto es cierto desde una perspectiva puramente económica, lo es mucho más desde el punto de vista de tradiciones y cultura.

En la investigación que realicé sobre el comportamiento reproductivo de las mujeres emigrantes, basada en la información de la Encuesta Nacional Demográfica, encontré que hay importantes desigualdades en su comportamiento reproductivo, según el lugar de origen y destino (INEGI, 1992).

Así, no toda emigrante tiene el mismo comportamiento reproductivo: hay mujeres que viajaron de una zona rural a otra y alcanzan una tasa global de fecundidad de 5.5 hijos en promedio, mientras que otras cuya última migración se produjo de un área urbana a otra sólo registraron 2.7 hijos en promedio.

De cualquier forma, me interesa abordar aquí de manera más específica a las emigrantes que partieron del área rural para ir a residir en la urbe, pues su tasa global es de 3.3 hijos y vale la pena analizar su comportamiento reproductivo. Estas mujeres siguen teniendo mayores niveles de fecundidad que aquellas que siempre han habitado en la ciudad. Al parecer, reducen su fecundidad únicamente después de varios años de contacto con la vida urbana y de haber experimentado una movilidad ascendente.

Resultó interesante constatar que estas mujeres que emigran del campo a la ciudad poseen hábitos tradiciona-

les en ciertos aspectos de su reproducción combinados con conductas más modernas. Son mujeres que, por un lado, se unen más temprano que las nativas de la urbe y cuentan con niveles de escolaridad también menores. Por otro lado, su participación económica es muy significativa, e incluso mayor que la de las demás mujeres, y recurren a métodos anticonceptivos considerados modernos. Sus patrones reproductivos se caracterizan por limitar el número de hijos más que por espaciar los intervalos entre nacimientos. El método usado más a menudo por estas mujeres es la esterilización femenina, y las menores de 30 años tienden a emplear la pastilla hormonal y el dispositivo intrauterino. Muchas de ellas se casan después de haber hecho la primera migra-

ción. Otras, emigran ya casadas y con un determinado número de hijos.

Desde la perspectiva de género, es interesante hacer notar que estas mujeres muestran niveles de escolaridad menores que los de sus parejas. Con frecuencia el cónyuge—desde el punto de vista de la participación económica y de la escolaridad—com-

pite exitosamente con el resto de la población urbana, mientras que las mujeres que vienen del campo se encuentran en desventaja respecto a las nativas de la ciudad.

Quizás los valores tradicionales familiares signifiquen para estas mujeres menores oportunidades en la escala social, a diferencia de los hombres cuyo poder y función en el hogar le permiten una mayor movilidad social.

Por supuesto, casi la mitad de estas mujeres emigrantes realizan una actividad económica, pero el trabajo no siempre influye de manera directa en las decisiones sobre la reproducción.

En general, los estudios demográficos han mostrado que el trabajo económico femenino, además de los niveles de escolaridad, influye en el comportamiento reproductivo de las familias. La participación de la mujer en una actividad remunerada, sobre todo fuera de casa, se asocia con menores niveles de fecundidad. El trabajo económico fuera del hogar crea para la mujer una incompatibilidad de funciones entre el trabajo y las obligaciones domésticas, lo que puede reflejarse en el tamaño de familia deseado. Además, la actividad laboral socializa a la mujer y la hace entrar en contacto con



ideas menos tradicionales, tales como el progreso individual y las aspiraciones personales, lo que repercute en el número de hijos deseados. Desde la perspectiva de género, su actividad económica cobra una gran relevancia. En cambio, la dependencia del salario del hombre o jefe económico limita las decisiones de la mujer en torno al uso y distribución de los recursos del hogar, así como respecto a las determinaciones sobre la reproducción y la planificación familiar. El empleo femenino parece una condición necesaria para que la mujer se desarrolle y crezca como individuo y obtenga autonomía en el hogar hasta el punto de tomar decisiones sobre su salud, sobre los hijos y sobre su reproducción. Sin embargo, para muchas de estas mujeres el trabajo no significa por fuerza una evolución personal o ideas de progreso individual. Tener ingresos no implica directamente para la mujer que sea ella quien decida en el hogar, ni tampoco que sus valores y realizaciones en torno a la maternidad se transformen. Con frecuencia, en las clases más desfavorecidas, la mujer entra a trabajar por necesidad económica y no por un afán de realización personal. Además, en nuestro país, la incorporación de la mujer al trabajo no es condición suficiente para asegurar cambios que le permitan obtener mayor autonomía personal, sobre todo cuando se emplea en labores poco remuneradoras o informales.

De hecho, encontré que las emigrantes del campo a la ciudad, en particular las que poseen menores niveles de escolaridad, se casan muy jóvenes y no retrasan la llegada del primer hijo. Se trata de mujeres que, si bien con frecuencia son asalariadas, tienen pocas alternativas de desarrollo personal y definen su identidad en función de la vida conyugal y la maternidad. Es probable que, para las emigrantes más jóvenes, el simple conocimiento de los métodos anticonceptivos y el acceso a ellos no sean suficientes para disminuir la fecundidad adolescente, ya que varias de ellas consideran que la maternidad es una meta a la que deben llegar desde muy jóvenes. Así, muchas de estas mujeres van combinando pautas tradicionales junto con otras más modernas.

Ello se manifiesta no solamente desde un punto de vista de sus condiciones socioeconómicas, sino también desde un punto de vista cultural. Son mujeres que se casan temprano y con el tiempo muchas de ellas participan económicamente; no retrasan la llegada del primer hijo, pero a la vez utilizan métodos anticonceptivos modernos para limitar los nacimientos. Definitivamente, tienen menos hijos que las que no se movieron del área rural y, sin embargo, todavía alcanzan mayor fecundidad que las nativas de la ciudad.

Por los resultados encontrados, queda claro que los valores relativos a la maternidad y el matrimonio de las mujeres

que emigran del campo a la ciudad se vuelven muy complejos, quizás por su condición de emigrantes, su origen pobre y rural y por el contacto con las construcciones culturales del lugar de residencia, que entran en contradicción con las propias de la localidad de procedencia (Szasz, 1997).

Es importante seguir profundizando en los aspectos culturales que influyen de manera fundamental: la edad de la primera unión, las prácticas sexuales, el número de hijos que desean tener las familias, el uso de métodos anticonceptivos y otros asuntos vinculados con la reproducción humana.

Así, no cabe duda de que en México, si bien la fecundidad ha descendido, persisten grandes desigualdades en el comportamiento reproductivo de las mujeres. Su estudio es complejo, ya que muchas de éstas nacen en medios cuya cosmovisión es de signo contrario a las formas modernas de entender el mundo. La percepción divina de la vida y las relaciones jerárquicas familiares de orden tradicional se entretajan en ocasiones, dentro de un mismo ser, con una concepción del mundo moderna, secular, individualizada, científico-tecnológica, de modo que el actuar de estas mujeres no puede ser entendido de manera determinista y lineal.

La solución es también compleja. No se trata de imponer un comportamiento reproductivo homogéneo, sino de erradicar las desigualdades socioeconómicas y de género. Para ello habría que establecer puentes pluriculturales que permitan el desarrollo personal de la mujer sin disolverla como ente cultural. ♦

Referencias bibliográficas

- Conapo, *La situación demográfica en México*, México, 1997.
- Crescencio Ruiz, Chiapetto, "Hacia un país urbano", en Alba y Cabrera (comps.), *La población en el desarrollo contemporáneo de México*, El Colegio de México, México, 1994.
- INEGI, *Encuesta nacional de la dinámica demográfica*, México, 1992.
- Rubin, Jane, "Los determinantes socioeconómicos de la fecundidad", en *La fecundidad en México: cambios y perspectivas*, El Colegio de México, México 1989.
- Szasz, Ivonne, "De las culpas individuales a las responsabilidades colectivas: las decisiones sobre la sexualidad en trabajadoras del servicio doméstico que emigran desde el medio rural" (en preparación).
- Zavala de Cosío, María Eugenia, *Cambios de la fecundidad en México y políticas de población*, El Colegio de México, México, 1992.